

crecion que manifiestan lo bien que conocia los defectos de este príncipe débil ó inconstante. En algunas cartas suyas que se han conservado (1), le advierte que antes de resolver deliberase maduramente, y que eligiese bien sus consejeros, sin permitir que le dominasen; que observase constancia y secreto; que no temiese el poder de aquellos que le habian recibido de él; pero que se recelase de sus lisonjas y engaños, y que no tuviese otro deseo que el del bien público. Mantenía del mismo modo correspondencia con los Sumos Pontífices, y estaba tan relacionado con ellos que hasta les pedía libros que no encontraba en Francia. Notamos por estas cartas y por otras escritas á los literatos de aquel tiempo, que su curiosidad no se reducía á solo las obras de los escritores eclesiásticos (2), y así pedía para copiar ya el Orador de Ciceron, las Instituciones de Quintiliano, el Comentario de Donato sobre Terencio, ya las guerras de Catilina y de Yugurta por Salustio. Así este célebre monge y otros muchos que siguieron su ejemplo, nos transmitieron los buenos monumentos de la antigüedad, tanto profana como eclesiástica.

A pesar de haberse perdido la batalla en que el abad de Ferrieres se halló con muchos obispos, el rey Carlos tomó á Tolosa, y al punto los sacerdotes de la provincia le dirigieron sus quejas contra varios obispos que abusaban de su poder, tratando principalmente de las exacciones que hacian estos prelados con pretexto de los derechos de visita. Urgía el mal, y no era fácil reunir tan presto un Concilio: el objeto era temporal, y el rey movido de todas estas consideraciones estableció en un capitular (3) que los obispos no pudiesen exigir á los

(1) Ep. 64 et 93.

(2) Ep. 140.

(3) Tom. 7. Conciliar. pag. 1780; Capitular. tom. 2, pag. 22 et seq.

presbíteros mas que la cantidad de trigo, vino y otras provisiones arregladas por derecho, y que no tuviesen los sacerdotes obligacion de llevarlas sino hasta cinco millas de distancia; que cuando los obispos anduviesen de visita, hiciesen alto en sitio donde pudiesen reunirse cómodamente las parroquias vecinas, y á donde el cura del lugar con los cuatro titulares vecinos transportaria la cantidad especificada de víveres para el gasto del prelado, sin que pudiesen exigir mas sus gentes, ni causar daño alguno en casa del huésped; que los obispos no hiciesen visita, ó por lo menos no recibiesen provision mas que una vez al año, y esto haciéndola personalmente; que no multiplicasen las parroquias sino por conveniencia de los pueblos, pero que la suma del honorario precedente fuese siempre la misma, distribuyéndose entre los nuevos curas; por último, que no les obligasen mas que á drossinodos y en los tiempos determinados.

Parece que en este mismo año (844) los tres príncipes Lotario, Luis y Carlos, habian ya depuesto las pasadas rencillas, y concurrieron todos tres cerca de Tionville al sitio llamado Jeust, donde se juraron eterna amistad. Asistieron á este acto muchos obispos de sus dominios, que les obligaron á dar palabra de remediar los males de la Iglesia asolada por sus divisiones; y en consecuencia de esto se reunieron inmediatamente aquellos prelados en el mismo lugar, presidiendo Drogon, y dispusieron algunos artículos que se hallan entre los decretos de los Concilios (1). Mandaron, con aprobacion de los príncipes, que al punto se proveyesen las Sillas episcopales que habian vacado por las funestas consecuencias de la division, ó que volviesen á ellas los pastores que habian sido espulsados de ellas; que se

(1) Tom. 7. Conciliar. pag. 800.

colocasen abades y abadesas en los monasterios dados á los legos, ó que por lo menos se autorizase á los obispos no solo para hacer celebrar los divinos oficios, sino tambien para mantener los monges y los edificios; y en general, que no se permitiese la usurpacion de los bienes eclesiásticos, pero sin exceptuarlos de los subsidios necesarios al Estado.

Nunca se multiplican tanto los estatutos y reglamentos como cuando no se han de hacer cumplir. Los tiempos de alborotos y tinieblas que vamos describiendo nos demuestran esta verdad. Frecuentes fueron las juntas eclesiásticas y nacionales, mas no referiremos sino lo que pueda dar algunas nuevas noticias, evitando las repeticiones interminables de decretos particulares de concilios, de capitulares (1), de sucesos muy semejantes en el fondo de las cosas, y que en nada se diferencian entre sí sino en los nombres propios de los lugares y de las personas. Para poner fin á los abusos, que tanto se deploraban y siempre iban en aumento, se reunieron concilios en Verneuil, en Beauvais, en Meaux, Paris, Soissons, Querci, Maguncia y otros puntos de Francia y de Germania (2).

En el de Verneuil del Oise, dominio del rey Carlos, despues de haber rogado á este príncipe que antepusiese el servicio de Dios á los cuidados del mundo, y reprimiese á los que cometian delitos y despreciaban la disciplina de la Iglesia, se mandó fuesen visitados los monasterios que habian caído en la relajacion por la falta de las cosas necesarias á la vida. Mandóse que los monges apóstatas ó vagos, y los clérigos desertores fuesen castigados segun los cánones. Se prohibió bajo graves penas el raptó y el matrimonio

(1) T. 2. Cap. p. 7.

(2) Vid. t. 7. Conc.

con las religiosas: proscribióse la ciega piedad de algunas doncellas que se cortaban el cabello y se vestían de varones para que las recibiesen en las comunidades de monges mas famosas por su austeridad: se exceptuó á los prelados, ó se les permitió que se eximiesen del servicio de la guerra, con tal de que enviasen á ella sus vasallos. Para interesar al rey en la aprobacion de este punto capital de reforma se le hizo ver que en mil ocasiones faltaba de todo punto este servicio por no poder los obispos prestarle en persona á causa de su vejez, sus enfermedades y otros impedimentos por los cuales el mismo rey lo habia dispensado á algunos.

Drogon, obispo de Metz en los Estados de Lotario, y su capellan mayor, quiso que se le reconociese por vicario apostólico en el reino de Carlos, segun las provisiones que habia logrado del Papa, las cuales se estendian á toda la dominacion francesa. Esto carecia de ejemplar; y cuando San Virgilio de Arlés fué nombrado vicario de las Galias, su autoridad no se estendió mas que al reino de Childeberto con consentimiento de los obispos y del príncipe. Por lo que los Padres de Verneuil, exagerando sus libertades y los derechos de la corona de que se prevalian, temieron las consecuencias de una novedad que pudiera ocasionar otras muchas. Sin embargo, como el obispo Drogon era personalmente respetable por su nacimiento, por su edad y por sus virtudes episcopales no desecharon directamente sus pretensiones, y así abandonaron el examen á otro Concilio, el mas numeroso, decian ellos, que se pueda convocar, tanto de la Germania como de las Galias, á fin de conocer la intencion de los metropolitanos y demas obispos, á la que ni queremos ni podemos oponernos. Drogon, temeroso de turbar el episcopado, sosteniendo unas prerogativas que solo habia recibido para restablecer el buen orden,

desistió de los derechos de su vicariato apostólico (1).

Poco después del Concilio de Verneuil sobrevino en la diócesis de Langres un abuso de nueva especie y que pareció muy extraño aun en aquellos tiempos de rusticidad y de ignorancia. Algunos monjes vagos llevaron de Roma, según ellos dijeron, reliquias de un Santo cuyo nombre se les había olvidado, y las depositaron en la iglesia de San Benigno de Dijon. Rehusó el obispo Teotboldo recibir aquellas supuestas reliquias en cuyo favor no había mas que unos informes tan vagos y sospechosos. Espusieronlas á su pesar á la veneración de los pueblos, y fué grande el concurso de aquella especie de personas á quienes atrae el amor de la novedad y el desprecio de la autoridad legítima. Los milagros que se les habían prometido fueron conformes á tan culpable devoción. Caían súbitamente de espaldas muchos de los que entraban en la iglesia, y hacían horribles movimientos dándose golpes; y después de tan violenta agitación que duraba bastante tiempo, tornaban á levantarse sin señal alguna de los golpes que decían haber recibido. Atrajo mayor número de espectadores el ruido de estas primeras escenas, aumentando por consiguiente los actores, y en sola la iglesia de San Benigno se vieron hasta cuatrocientos de estos fanáticos antes que se comunicase el contagio á otras iglesias de la ciudad y de la provincia. Las mugeres y las niñas no fueron las que menos contribuyeron á acrecentar el tumulto, ni las menos diestras en representar sus papeles. Saboreáronse tanto con semejante maniobra, que después de experimentar ó fingir que experimentaban aquellas dolorosas convulsiones, rehusaban abandonar el sitio en que habían mostrado su habilidad; y si las obligaban á

(1) Hincm. Opus. 42, pag. 137.

volver á sus casas, publicaban que en ellas sufrían todavía mayores tormentos. Empezó la ilusión por las personas del mas bajo pueblo, pero poco después se mezclaron con el populacho señoras de distinción. Teotboldo consultó sobre esto á Amolon, obispo de Lyon que era su metropolitano; y este, de cuya respuesta (1) tomamos esta relación, respondió á su sufragáneo que quitase al instante de la iglesia las falsas reliquias, afirmando que tan horribles maravillas no podían menos de ser prestigios, cuando no fuesen sacrilegas imposturas, inspiradas por el interés ó por otras pasiones mas vergonzosas. ¿De cuándo acá, esclamó, se han notado en los sepulcros de los mártires estos prodigios funestos que en vez de curar á los enfermos causan padecimientos á los cuerpos y perturban la mente de los que se tenían por sanos? Claro está que todo es efecto de los artificios de algunos hombres perversos, ó de la ilusión de los demonios que se rien de unas personas tan faltas de fe como de juicio y de razón. Por tanto, concluye, proscribid con rigor esas ficciones infernales que alucinan á tantas personas principalmente del sexo mas débil y mas crédulo; ordenad que cada uno lleve sus ofrendas á la parroquia en donde le bautizaron, y en la que recibe los Sacramentos, participa de los santos misterios, y ha de ser sepultado. Si tambien pretenden visitar otras iglesias, que lo verifiquen con sincera devoción, sin ostentacion y sin tumulto, pues en no dando á los impostores las limosnas que deben servir para los miembros necesitados de Jesucristo, cesarán muy presto las imposturas, si no les producen utilidad. Mas si alguno persistiere todavía con obstinacion, será preciso obligarle á confesar la superchería con castigos corporales. Tal fué la respuesta del arzo-

(1) Ep. Amol. ad calcem Agobard.

bispo de Lyon, quien la acompañó con una carta de Agobardo su antecesor á Bartolomé de Narbona sobre otros semejantes prestigios que se notaron en Usez. Teotboldo siguió estos consejos, y produjeron su efecto, pues parece que esta especie de secta no tuvo otras consecuencias.

No sucedió así con las medidas que tomó la emperatriz Teodora para convertir ó reducir una multitud innumerable de maniqueos que todavía desolaban el Oriente disfrazados con el nombre de paulicianos, que al principio tomaron de un cierto Paulo, originario de Samosata (1). Mas otro Paulo, de nacion armenio, que pudo escapar de la severidad de Justiniano II cuando este emperador condenó al fuego aquellos odiosos sectarios, les dió mas celebridad en Capadocia, á donde se retiró. Por espacio de treinta años fué jefe del partido, el cual poco después de su muerte se dividió en muchas sectas particulares mas ó menos perversas, ó por mejor decir mas ó menos hipócritas, porque la corrupcion de costumbres y las abominaciones de toda especie eran como la esencia de su monstruosa religion. Persiguieron á estos sectarios á sangre y fuego el emperador Miguel Curopalates y su sucesor Leon Armenio, y quitaron la vida á los que no abandonaron las tierras del imperio. Refugiáronse principalmente á Armenia, en donde el emir de los sarracenos les dió favorable acogida: allí levantaron la ciudad de Argaus, que bien pronto fué poblada, corriendo á ella de todas partes los vagos y malcontentos, y desde allí empezaron á saquear las tierras de los romanos en el reinado de Teófilo.

Su viuda Teodora resolvió someterlos ó esterminarlos, y para esto envió tres oficiales, quienes aprisionaron, degollaron ó arrojaron al mar hasta cien mil; pero este

rigor, tan contrario al espíritu del Evangelio, no produjo el mejor efecto, porque los hereges que escaparon de la carnicería se reunieron con los musulmanes y causaron grandes males al imperio. Viéronse pronto en estado, no solo de reedificar su ciudad de Argaus, sino tambien de levantar las de Amara y Tibrica. Hicieron capital de su imperio á esta última, situada entre la Armenia sometida á los sarracenos y las tierras de los romanos, y ampararon en ella á las gentes sin costumbres que la impunidad atraía allí, y á los que se veían amenazados de muerte por causa de heregía. Llenos de aquel furor que siempre alienta contra su patria á los malvados fugitivos, hacían continuas irrupciones por las fronteras del imperio hasta las orillas del Ponto-Euxino. El menor daño que causaban á los cautivos que en grande número apresaban, era venderlos á los musulmanes si no querían abrazar su impiedad; y así los rigores de la emperatriz, en vez de acabar la heregía, la alentaron de nuevo acrecentando el poder de los mas terribles enemigos de la Grecia.

Trabajábase con mas cuidado y atención en la conversion de los iconoclastas. Pretendia el patriarca Metodio que se conservasen los obispos que estos habían ordenado, diciendo que mas habían faltado á la disciplina que á la fe; mas su verdadero y sólido motivo era la necesidad que había de muchos nuevos pastores para restablecer las iglesias y desvanecer del todo las preocupaciones de las personas seducidas. Hubo algunos obispos y muchos mas abades celosos que formaron quejas de la conducta del patriarca, y le acusaron de que no examinaba á aquellos á quienes imponía las manos. Se refiere, decían, á la declaracion de los sugetos que ordena, y al parecer queda muy agradecido á los que se dejan ordenar. El descontento llegó á tal punto, que estuvo la iglesia de Constantinopla muy cerca de un

(1) Pet. Sic. pag. 70; Cedr. tom. 4, pag. 433.

cisma. La entereza que mostró la corte, el destierro de los prelados malcontentos y otras penas, no hicieron mas que aumentar la discordia. En una palabra, el mal hubiera llegado al extremo, si el santo solitario Joacimio no trabajara cuanto pudo en reconciliar los ánimos (1).

Su eminente santidad le daba el ascendiente necesario para esta mediación delicada, á pesar de la humildad de su nacimiento y de sus principios, porque cuando joven había guardado cerdos, siendo despues soldado, en cuya época cayó en la heregía de los iconoclastas. Volvió por último á la fé católica por las reconvenções de un solitario, y á su embargo de ser soldado expió sus extravíos con seis años de ayuno y austeridades. Al regresar de una campaña, en la que se había distinguido con ilustres hechos que le abrían el camino á los primeros grados, renunció á la gloria del siglo, y pasó algun tiempo en diferentes monasterios. Despues se retiró solo al monte Olimpo en Bitinia, en donde vivió algunos años sin celda ni abrigo alguno, espuesto de día y de noche á las injurias de las estaciones: de allí pasó á encerrarse á una caverna, en la que no tomaba mas alimento que un poco de pan y agua. Había pasado doce años en esta profunda soledad, cuando le inspiró Dios la idea de que vistiese el hábito en el monasterio de Eristo, en el que admiró generalmente á todos con el esplendor de su virtud y con muchos milagros, y sostuvo á muchos católicos contra las persecuciones. Por último, restituida la paz á la Iglesia con el gobierno de la emperatriz Teodora, se sepultó vivo, por decirlo así, en una celda tan estrecha como un sepulcro, en el monasterio del monte Antida. Pocos años despues espiró á los ochenta y uno de su edad.

(1) *Vit. S. Joacim. ap. Sur. tom. 6, pag. 31 et seq.*

Habiale visitado el patriarca Metodio cuando supo se hallaba á las puertas de la muerte, y le dijo el varon de Dios que no le sobreviviría largo tiempo: en efecto, Metodio se puso muy presto hidrópico, y espiró á los ocho meses, dia 14 de junio del año 846 (1). Dicese que el uso de llevar los patriarcas de Constantinopla una tirilla de tela debajo de la barba, traia su origen de la que este santo confesor se vió precisado á llevar á causa de haberle quebrantado las encías durante la persecucion. Logró un sucesor muy digno en San Ignacio, á quien notaremos presto distinguiéndose por su adhesión al centro de la unidad con toda la constancia de un Santo suscitado por Dios para estorbar, ó á lo menos retardar la consumacion del cisma de Oriente. Era hijo del emperador Miguel, que cedió el imperio á Leon Armenio, y de Procopia, hija del emperador Nicéforo; pero su augusto nacimiento solo sirvió para envolverle en los infortunios de su casa. Leon Armenio, que era hombre suspicaz, le hizo enuovo á él y á sus dos hermanos, á pesar de haber sido su padrino. Habiendo dejado desde entonces el siglo, y abrazado la vida monástica, trocó en el de Ignacio el nombre de Nicetas, que le pusieron cuando nació. Desde la edad de catorce años que entonces contaba no cesó de aumentar sus virtudes y doctrina, hasta cerca de cuarenta y ocho en que le colocaron en la Silla de Constantinopla el año 846.

La divina Providencia colocó por el mismo tiempo dos prelados distinguidos en dos Sillas principales del dominio francés, donde la Religion estaba en mayores peligros que en Oriente (2). Hincmaro había sido ordenado arzobispo de Reims en el Concilio de Beauvais en el mes de abril de 845, y Rá-

(1) Baluz. *vit. S. Meth. 14 Jun.*

(2) *Flod. lib. 3, cap. 4; Hincm. Opusc. 26, p. 303.*

bano fué elevado á la Silla de Maguncia en junio de 847. Hincmaro era francés, de familia antigua, de elevados sentimientos, de actividad infatigable, uno de los hombres mas instruidos de su siglo, de los mas sábios canonistas que habían sobresalido en tiempo alguno. Afirman que era sin comparación menor versado en el conocimiento de los Padres que en el de los cánones; mas penetró y entendió mucho mejor que sus críticos los pasages mas profundos de San Agustin, pues en su tiempo encontró ya en él la doctrina que siempre ha reconocido en él la Iglesia y que ha confirmado nuevamente en estos últimos siglos. Desde niño tomó en San Dionisio el hábito de canónigo, á ejemplo de la mayor parte de aquella comunidad, que había caído en la relajacion. Aplicóse despues, de acuerdo con su abad Hilduino, á procurar la reforma; y vistiendo el hábito monástico, se sujetó á las obligaciones de la regla y vivió largo tiempo en la soledad sin aspirar á la prelatura. Comprometido desgraciadamente Hilduino en las conmociones del Estado y en la rebelion, Hincmaro conservó para con su soberano la fidelidad que era de esperar de la virtud de un hombre tan ilustrado, y si mostró adhesión á su abad fué para reconciliarle con el emperador. En el obispado fué uno de los mas celosos defensores de la fé y de la disciplina, y uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia en su tiempo, y muy capaz de figurar en mejores tiempos. Se le acusa sin embargo con justicia de un gran deseo de dominar, y de muchos rasgos poco reflexivos de su genio en demasia duro y violento.

Rábano era natural de Maguncia, y le colocaron desde niño en el monasterio de Fulda (1): su abad San Eigil, despues de haber hecho le ordenasen de diácono, le envió á Tours para que consiguiese un maes-

tro digno de sus talentos en Alcuino que estaba al frente de aquella escuela. Tomó allí el sobrenombre de Mauro, siguiendo el uso de los sábios entonces, que siempre añadían algun nombre latino á su nombre bárbaro. Rábano regresó y le nombraron maestro de la escuela de Fulda, á la que hizo tan célebre como la de Tours. Allí formó para toda la cristiandad doctores famosos, entre los que sobresalen principalmente Valafrido Estrabon y Lupo de Ferrieres. Muerto Eigil, le sucedió Rábano, y fué veinte años abad del monasterio de Fulda, que por entonces tuvo doscientos y setenta monjes; sin que en época ninguna estuviese mas floreciente. No fué el nuevo abad menos vigilante que su antecesor en la conservacion de la piedad y regular observancia, anteponiéndola aun á los estudios. No bien fué nombrado superior, cuando encargó á otros el cuidado de las letras, reservándose la enseñanza de las Santas Escrituras. Captábase la general benevolencia por su moderacion, por su prudencia y por su espíritu de concordia y reconciliacion, tal que en las desavenencias del emperador Luis y sus hijos supo conservar la gracia de los unos y de los otros. Renunciando no obstante al cargo de superior por el amor á las ciencias y á la soledad, se retiró al monte San Pedro, á una pequeña habitacion vecina al monasterio, donde escribió muchas obras á mas de las que tenia compuestas, y allí fué donde fueron á buscarle por su mérito para colocarle en la Silla arzobispal de Maguncia, á pesar de su avanzada edad, pues lo menos tenía ya setenta años (847).

No por esto mostró menos actividad en el servicio de la Religion. A los tres meses despues que le hicieron obispo reunió su concilio para poner remedio á los males de la iglesia de Germania, de acuerdo con el rey Luis, así como lo había intentado el rey Carlos en el concilio de Meaux para reme-

(1) Mabill. *act. tom. 6, pag. 20.*